

Coordinación:
Ana María de Cano
María Antonieta de Cano

HOGAR

Revolucionario plan contra la drogadicción

Recetar drogas a los adictos, para quebrar el mercado clandestino

*La revista española Cambio 16
publicó el siguiente informe:*

¿Cómo se puede conseguir desmantelar las redes de tráfico de drogas duras, acabar con los atracos y la prostitución inducidos por el síndrome de abstinencia de los drogadictos, limitar la difusión de la drogadicción entre los jóvenes? Para responder a esta pregunta, que devana los sesos de todos los responsables de la seguridad ciudadana y de la sanidad pública del mundo occidental, el doctor Herbert Berger, uno de los máximos expertos en drogadicción del mundo, tiene una respuesta: recetar la droga a los adictos, quebrar así el mercado clandestino de droga y la ola de delitos que provocan los enfermos para pagarse la droga.

El doctor Berger, norteamericano, setenta y cinco años, llegó a Madrid, invitado por un grupo de empresarios y profesionales españoles preocupados por el pavoroso drama de la drogadicción, para explicar su programa que, seguramente, conseguirá sorprender a muchos. El especialista está lejos de pretender provocar escándalo alguno: su planteamiento es tan lúcido y razonable como una operación matemática, una vez que el oyente consigue despojarse de los prejuicios al uso. Berger está habituado a encontrar resistencias a sus ideas, aunque haya tenido ya algunos éxitos memorables: en 1971 consiguió convencer al Congreso de su país de que era válida su idea de proporcionar gratuita la droga a personas que, de todos modos, la iban a conseguir por métodos violentos. Merced al poder de persuasión de sus argumentos, los congresistas aprobaron un programa federal de clínicas donde la metadona (una droga sintética que sustituye a la heroína) se receta a los drogadictos bajo tratamiento.

Pero para el doctor Berger esta iniciativa no es suficiente. Su planteamiento es de pura lógica. "Una persona adicta —dice a Cambio 16 en su casa de Pleasant Plains, cerca de Nueva York— va a usar y a abusar de una sustancia determinada (droga, alcohol o hasta comida), a pesar del control que pueda existir sobre ella".

El drogadicto es un enfermo, no un ser que decide inyectarse voluntariamente, sino una persona que *no puede* prescindir de la droga. Para conseguirla, recurre a todos los medios posibles.

"Exceptuando algunos pocos que poseen fortunas suficientes como para costearse la adicción, la mayoría de los varones se dedican a atracar o a sisar, mientras las mujeres se entregan a la prostitución: más del 85% de las pros-

titutas del Centro de Detención para Mujeres de Nueva York son consumidoras habituales de narcóticos".

Un adicto a la heroína —recuerda Berger— necesita alrededor de 100 dólares diarios para seguir viviendo sin el *mono* o síndrome de abstinencia. Según un reciente estudio hecho en Nueva York, el 85% de los robos está relacionado con la droga (proporción similar a la detectada en España), el costo social de la adicción de medio millón de heroinómanos que hay en Estados Unidos es de unos 47.000 millones de dólares cada año, equivalentes a unos ocho billones de pesetas, aproximadamente el monto del presupuesto nacional de España.

El mercado libre

Al mismo tiempo, destaca el doctor Berger, "la misma ilegalidad de la droga ha provocado el crecimiento de sus ventas y la increíble prosperidad del mercado negro y del contrabando, que son actualmente los negocios más lucrativos que hay en Estados Unidos".

Frente a este panorama, la solución parece obvia para el doctor Berger: "Si nosotros, los médicos, regaláramos lo que hoy se vende en el mercado negro, acabaríamos con él de un día para otro. ¿Quién iba a comprar una droga que se puede conseguir gratis?"

Todas las otras alternativas para acabar con el tráfico y consumo de drogas han fracasado, recuerda Berger. Los intentos del presidente Reagan de cortar en 1984 la importación de la droga no han servido para nada.

"Nunca se ha dado el caso de que un drogadicto se cure porque se importen menos drogas. Lo único que se consigue con eso es aumentar el precio de lo que haya en el mercado, con lo que se incrementa el índice de robos", dice.

Berger recuerda el fracaso de la ley

seca norteamericana (que prohibía la producción y el consumo de alcohol), y se pregunta: "¿Si no consiguieron controlar el movimiento de alcohol en los años veinte, cómo se va a poder controlar una sustancia tan fácil de esconder como la heroína?"

En cambio, con un "mercado libre de la droga, el resultado sería que los adictos pagarían, de todos modos, su adicción con el sufrimiento y la destrucción que acarrea la heroína, pero la sociedad estaría libre de sus atracos, de su violencia y de sus mafias de traficantes".

Berger abrió su primera clínica de metadona en 1972, a kilómetro y medio de su casa de Pleasant Plains. Pese a ser una zona rural se integraron en su centro 400 heroinómanos. Hoy, el número se mantiene en 350 pacientes que acuden a la clínica para recibir su dosis necesaria de metadona. Al mismo tiempo, los dos médicos, seis enfermeras y otros tantos consejeros que trabajan allí proveen a los pacientes de los necesarios cuidados médicos y psicológicos. "Lo importante para esas personas es que puedan acercarse a una vida normal", señala el doctor Berger. "Con la metadona que les damos consiguen al menos un nivel mínimo de funcionamiento en la sociedad".

Pero para el especialista, habría que ir mucho más allá de las clínicas de metadona: "Todos los médicos deberían tener derecho a recetar cualquier droga, desde la heroína hasta la cocaína", enfatiza.

"En una democracia —subraya Herbert Berger— se debe hacer lo que es mejor para la mayoría. Hay que curar a la sociedad antes que a los drogadictos. Eso lo podemos hacer satisfaciéndoles su necesidad imperiosa de droga. A partir de allí, tal vez se puede empezar a curarlos", concluye.



Doctor Herbert Berger:

"El drogadicto es un enfermo, no un ser que decide inyectarse voluntariamente".

Colombia: la continuidad de la historia

(Primera de tres partes)

La suerte está echada. Este 9 de diciembre Colombia asistirá con el vigor democrático que las circunstancias permiten a uno de los eventos electorales más trascendentales del siglo XX. En efecto, este domingo el país votará por la realización de una Asamblea Nacional Constituyente, y elegirá a los 70 delegados que tendrán competencia ilimitada para reformar o derogar integralmente la arcaica Constitución de 1886, vigente, con algunas reformas, hasta estos fechos.

No se trata de un hecho formal. La constituyente, a diferencia de las reformas constitucionales tradicionalmente ordenadas e implementadas desde arriba por las élites liberales y conservadoras, es la expresión de una dura y cruenta acumulación democrática y de paz cuyo inicio, en su etapa moderna, puede ubicarse en un hecho de fuerza espectacular: la toma de la embajada de la República Dominicana.

En ese año de 1980, Jaime Bateman Cayón, comandante del movimiento 19 de abril — M-19 —, desde la clandestinidad planteó una propuesta de solución a la crisis de la embajada y del país, que en ese momento histórico rompía la lógica de la confrontación entre insurgencias y gobiernos. Para Bateman era necesario evitar el enorme costo de la guerra y — sin esquemas totalizantes — priorizar la negociación política por la vía de un diálogo nacional de participación múltiple, que sentara las bases de la reconciliación y de las obvias transformaciones económicas, políticas y sociales requeridas para desactivar las causas de la vieja confrontación. Romper la lógica de la guerra entre aparatos, y hacer de la paz la propuesta política de la “democracia en armas”, era, en su concepción, la única revolución posible para nuestras naciones en los tiempos actuales. Su propuesta visionaria, como era de esperarse, fue de-

soída y calificada de absurda por la derecha militarista, y de claudicante por una izquierda armada, sobre todo de dogmas. Como “hombre de dificultades” — así se autocalificaba Bolívar — no desafió en su intento de encontrar interlocutores entre la clase dominante y las esferas gubernamentales empeñadas en consolidar como modelo de dominación la “doctrina de Seguridad Nacional”. Ante tremendo obstáculo, y en medio de una generalizada violación de los derechos humanos, orientó toda la actividad político-militar del M-19 al logro de este propósito. De hecho, le determinó ese rumbo y ese proyecto político. A diez años del llamado al diálogo por la paz y a siete de su muerte en un sospechoso accidente de aviación, su exhortación de “arreglemos el país entre todos”, dándole valor a los puntos de vista del contrario, y sin la concepción de vencedores y vencidos, se está consolidando con la elección del 9 de diciembre como una realidad ineludible. Desde la guerra el M-19, sin importarle las incomprensiones, forzó la aparición de espacios políticos cerrados por la intransigencia de todos los actores y por la guerra misma. Así aparecieron las primeras Comisiones de Paz y se iniciaron conversaciones privadas, que a finales de 1983 se potenciaron con el diálogo público de Madrid entre el entonces presidente Belisario Betancur y los comandantes del M-19, Iván Marino Ospina y Alvaro Fayad, ambos asesinados en 1985 y 86 por las fuerzas de seguridad del Estado. Mientras la insurgencia

lograba su reconocimiento como fuerza beligerante y la sociedad civil se hacía partícipe de las negociaciones, el Estado y la clase dominante y sus partidos se dividían entre partidarios de la solución negociada, politizadores de la guerra y partidarios a secas de la permanencia de la acción represiva tradicional.

Lo cierto es que los múltiples acuerdos y rupturas, algunas de ellas trágicas, como los episodios del Palacio de Justicia en 1985, no impidieron que esa propuesta de paz, de cese el fuego y diálogo nacional fuera calando y tomando cuerpo en la conciencia social y generando una masiva militancia por la paz, mas allá de las fronteras de las organizaciones políticas.

Las accidentadas negociaciones y el ruducimiento y multiplicidad de las violencias determinaron que la Colombia de esta década que termina se haya debatido precisamente entre ese dilema de guerra o paz, y que la lucha por vanguardizar este último principio haya sido y sea el signo que caracteriza la búsqueda de legitimidad de las fuerzas enfrentadas.

Pese a la violencia aún existente, aunque en descenso, el tradicional militarismo de todas las vertientes se encuentra acorralado. Otro tanto sucede con el bipartidismo y el antiguo ejercicio autoritario y excluyente del poder. Las encuestas oficiales son categóricas: la Asamblea Constituyente, de acuerdo con los sondeos preelectorales, estará integrada mayoritariamente por las fuerzas del cambio representadas en la “lista nacional” de la Alianza Democrática M-19. En menos de un año de la dejación de armas y reinserción a la vida civil, este nuevo bloque de fuerzas que incluye a jóvenes y destacados dirigentes liberales y conservadores puede convertirse en el factor de poder que, por fin, civilice la política y posibilite, vía la concertación ahora constitucional, el Tratado de Paz que Colombia requiere urgentemente.

La Jornada, VIERNES 7 Dic. 1990

Colombia: el simbolismo de la dejación de las armas

(Segunda parte)

La paz se convirtió en Colombia en un valor subversivo del orden violento imperante y fue venciendo poco a poco la desesperanza, el pesimismo y las dudas sembradas por una cadena interminable de muertos, actores armados, fuegos cruzados e impunidad generalizada. Ello explica que hoy sean los electores y no las armas el medio que está posibilitando las transformaciones democráticas y dejando al descubierto la inviabilidad de viejas "verdades". Así, como el Muro de Berlín, se han ido derrumbando los modelos militaristas de todos los bandos: los años de confrontación armada dejaron en claro la imposibilidad de victoria de cualquiera de los múltiples actores y la irrealidad e inviabilidad de modelos de dominación absolutistas.

Por eso lo que está en juego con la Asamblea Constituyente es la superación de las divisiones y confrontaciones sin fin, estimuladas por la intolerancia del sistema bipartidista y la transferencia de este valor antidemocrático y negativo al cuerpo social. El Estado oligárquico, remozado en primera instancia por la concepción del enemigo interno y posteriormente con la doctrina de los conflictos de baja intensidad, antes que desactivar las respuestas políticas, económicas, sociales y delincuenciales, perdió irremediablemente el monopolio de la fuerza. Surgió un orden dentro del caos, un equilibrio apocalíptico de fuerzas fracturadas dispuestas a imponer su ley al otro o a los otros, arrastrando y martirizando con su intolerancia a la sociedad en su conjunto.

Las violencias o pequeñas guerras de todos contra todos terminaron justificando y "autojustificando" el autorita-

rismo estatal y el resquebrajamiento de su propia fuerza. En la actualidad existe un Estado institucional y otro de hecho, que actúa incontroladamente en "defensa" y violando su propia normatividad. Es la consecuencia del arrasamiento del Palacio de Justicia y la puesta en ejecución de una aberración: el Estado contrainsurgente de derecho. Esa división de que hablamos también carcome a los narcotraficantes y sus ejércitos, a la insurgencia, a la Iglesia, a los gremios, a los partidos tradicionales... El único sector que cohesiona y aglutina fuerza popular mas allá de las maquinarias clientelistas es el que plantea la necesidad de la concertación de intereses y la reconciliación nacional.

Lo que es más grave, ese orden del desorden, ya es funcional: la violencia se transformó en un lucrativo negocio. Israel, por ejemplo, ha vendido armas a las fuerzas armadas y a los narcotraficantes; llegaron a contabilizarse 154 grupos paramilitares de orientación ideológica diversa: hay escuadras de sicarios —asesinos a sueldo— y empresas de escoltas; existen en el país trasnacionales del blindaje de automóviles que compiten por el control del mercado, es más, según el departamento de Planeación Nacional la inversión extranjera creció en 1989 y con relación al año 88 en 149 por ciento. El viejo sistema parece funcionar porque

hay violencia, por eso el estado de sitio terminó siendo permanente y de múltiples usos.

Es preciso reconocer que las negociaciones y posterior concertación, como en el caso de la toma de la embajada, se han visto precedidas por hechos de fuerza. El proceso de paz entre el gobierno de Virgilio Barco y el M-19 surgió de la retención del político conservador Alvaro Gómez Hurtado, actual candidato a constituyente y segunda fuerza en las elecciones presidenciales celebradas en mayo de 1989. A diferencia del proceso de paz del gobierno de Betancur, Barco concentró las decisiones y exigió lo que parecía imposible de aceptar por parte de la insurgencia: la aprobación de un cronograma que preveía la desmovilización guerrillera, el indulto y la reincorporación de los insurgentes a la vida civil.

Carlos Pizarro, comandante del M-19, separándose de la Coordinadora Guerrillera, aceptó la propuesta, suspendió operaciones y concentró sus fuerzas en una zona pactada. Luego de un año de arduas negociaciones, el 8 de marzo de 1990, en ceremonia pública y ante observadores de la Internacional Socialista, ordenó a su fuerza militar la dejación de armas, envolvió su pistola en la bandera nacional y con lágrimas en los ojos la depositó sobre las cientos de armas que esperaban ser fundidas. Veinte años de lucha guerrillera en un instante se volvieron pasado y Colombia entera vio el acto de desprendimiento, el cumplimiento de la palabra empeñada. La corriente de paz se revitalizó e inmediatamente el equilibrio del caos inició su desplome. Por eso lo mataron 49 días después, en plena campaña para la presidencia de la república.

La Jornada, sábado 8 1990

La enorme capacidad de sobrevivencia del país y las ideas de transformación no tienen límites. Estamos hablando de una nación que aprendió a enterrar a sus muertos mas, ilustres o humildes y rescatar de inmediato la alegría y el dinamismo creativo. Si en un momento se pensaba que el asesinato político como método de dominación había hecho perder la capacidad de asombrarse y responder, las elecciones que hoy se celebran demuestran todo lo contrario.

Pese al largo descabezamiento de los movimientos sociales y políticos que arrancaron con los magnicidios impunes del mariscal Antonio José de Sucre en 1830, del general Uribe Uribe, de Jorge Eliecer Gaitán y, en la época reciente, de cuatro candidatos presidenciales, la sociedad ha parido inmediatamente nuevos y competentes liderazgos. De hecho, al lado de los ex presidentes premiados por la longevidad vivencial y política, Colombia fue convertido en un país de sustitutos o de relevos.

Mientras el presidente César Gaviria reemplazó al líder liberal Luis Carlos Galán, Antonio Navarro, el candidato a Constituyente con opción mayoritaria, o lo propio con Carlos Pizarro, ex comandante del M-19. Es la representación de una tragedia, del bautismo de sangre que antecede el parto de lo nuevo, la martirización y a su vez el referente de la necesaria sinceridad de los actores que buscan con urgencia y pasión el cambio de rumbo de la historia nacional.

Por eso, e independientemente de los resultados de las elecciones que hoy se celebran, hay alegría democrática. La Constituyente como tal significa una revalorización de la política, el nacimiento de una óptica y una ética renovadora. En

Colombia: la paz está derrotando a la guerra

(Tercera y última parte)

el país está produciéndose un salto de la representación a la participación como concepto y hecho de la democracia.

El propósito constituyente implica una superación de la palabra como evasión demagógica y del diagnóstico y el debate ineficaz. Cada voto que se va a depositar exige soluciones a la crisis funcionalizada, propuestas y concertación de las diferencias. Los candidatos de AD-M19 han sido explícitos al afirmar que de ser mayoría no buscarán la imposición de sus propuestas; precisamente lo que se intenta es eliminar de la cultura política el viejo y doloroso comportamiento de la huida a los extremos, como evasión de las soluciones o para lograr la exclusión y eliminación del otro. Se trata de llevar a todos los factores de poder a un centro democrático —no impuesto como estrategia o hotín de guerra— para desde allí fijar, vía la expresión de la correlación de fuerzas, los límites o la amplitud de lo popular o lo burgués en la constitución que debe reemplazar a la de 1886.

El reto y el fondo del debate entre las fuerzas, será entonces el de lograr el compromiso histórico que permita la construcción consensual de una democracia de clases medias o de una democracia plena. Lo que está claro es que durante el día de hoy, con la sola votación e independientemente de los resultados, el pueblo colombiano esta poniendo fin a la "democracia oligárquica" padecida por los colombianos desde que Simón Bolívar se despidió de este mundo. Por eso

las encuestas producen el miedo de un sector y explican el lenguaje confrontativo utilizado durante la campaña por los principales voceros de la clase política tradicional. A la defensiva, no debatiendo tesis sino usando un mensaje descalificativo y terrorista, pretenden remontar su pérdida de hegemonía y legitimidad.

Así, mientras el político derechista Alvaro Gómez acusa al presidente Gaviria de "imparcialidad en favor de la AD M-19", el otro sector conservador encabezado por el ex presidente Misael Pastrana (70-74), irresponsablemente revive los episodios del Palacio de Justicia e intenta despertar la desconfianza y el odio de los electores. Lo cierto es que liberales y conservadores públicamente plantean la necesidad de refortalecer el bipartidismo para enfrentarse al peligro de lo nuevo.

En verdad, todo el aparataje autoritario se tambalea, sólo así se explica el mensaje en que el Presidente pide a los militares tranquilidad, aduciendo la garantía de su protagonismo y la rectoría del Estado en la Asamblea Constituyente. Quien sabe si así sea; el fallo de la Corte Suprema de Justicia que frena la intención presidencial y de los partidos de poner límites a las materias abordables por los constituyentes, demuestra que no le será fácil al país político, mediatizar a un país nacional dispuesto a derrumbar para siempre las estructuras y métodos aborrecidos del capitalismo bárbaro.

El pueblo reasumió su poder decisorio. Las elecciones que se están celebrando permiten pensar con optimismo en la posibilidad de la firma de un nuevo tratado de paz y en el nacimiento de una nueva era donde —por fin— sea la inteligencia y no la violencia la principal expresión de la política y la convivencia.

LA JORNADA, Domingo 9 1990.

Propone Rafael Vergara Navarro

"Abramos el país a toda una geografía humana y política"

Por: OMARA ARISTIZABALD.

Al igual que hace 12 años, observaba ansioso a través de la ventanilla del avión. Entonces, lo invade la incertidumbre por no saber cuánto podría durar ese viaje indomestivo y lleno de riesgos. Hoy, volaría con la esperanza de convertirse en un mediador para lograr la paz, mientras su pensamiento vagaba obsesiva y feliz en esa ciudad que había abandonado hábil y fortitariamente.

Desde el pasado mes de febrero está aquí. Reprerés tal como se lo había prometido cuando tuvo que salir escondido tras asfarse en la embajada mexicana, huyendo de todos las fuerzas del orden que lo buscaban, y se juró que volvería como había salido, por el aeropuerto El Dorado, pero sin esconderte.

Es Rafael Vergara Navarro, un cartagenero que inició su vida en la actividad guerrillera por allá en la década de los 70, primero como militante del Ejército Popular de Liberación y luego con el Movimiento 19 de Abril, grupo al que pertenecía en el año 79 cuando tuvo que salir precipadamente del país, tras un allanamiento a su residencia. Durante su exilio regresó varias veces entre los años 83 y 84, a través de las montañas o por caminos clandestinos y peligrosos, en desarrollo de los procesos de paz que entonces se adelanzaban. Ahora está al frente de la A.D.M-19 de Bolívar.

Este Izquierdista que se define como un demócrata, habla con convicción. Su mirada permanece alerta, tratando de captar el más leve movimiento, detalle o mirada de sus interlocutores, como alguien que ha vivido mucho tiempo atento y no puede darse el lujo de que algo lo tome por sorpresa. Su esquivo lenguaje viene sea lo que tiene que ser es que se convierta en el centro político que tiene que ser y esto depende de la voluntad política de todos y cada uno de los colombianos. Ese centro en el que las diferentes vertientes del pensamiento del país busquen puntos de acuerdo, para el logro de un nuevo tratado de paz. Ese espacio no existe ahora. Ahora hay una correlación de fuerzas internas que no permite hegemonías. Esto implica alianzas y ellas significan aperturas de pensamiento, nadie puede totalizar la Constitución para sí, ni imponer nada a nadie. El pueblo fue muy sabido al votar como lo hizo. Eso es magnífico, según mi manera de ver, porque como nadie tiene la mayoría deben buscar puntos de acuerdo. Esas alianzas son las que van a permitir decidir qué tipo de constitución vamos a tener en el futuro, la que resulte será una Constitución conciliadora."

La violencia no sea su expresión sino la inteligencia. Me parece urgente que se puedan lograr las negociaciones gobierno-coordinadora que van a reabrirse ahora, que esas negociaciones hagan un cese al fuego, para que pueda participar también en la Constitución, con el fin de que se comprometa también con los desarmados que allí se van a dar.

Si no se logra que todos los actores y factores de violencia tengan su expresión en la Asamblea el tratado queda como lo ideal es que el acuerdo cobije a toda la colombianidad. Debemos entender que por primera vez los colombianos estamos arreglando solos nuestros problemas y eso es muy importante."

Con una convicción que contagia agrega, en forma pausada pero fluida, que en Colombia se está dando un cambio fundamental y es el paso de la democracia de representación a la democracia de participación, reconoce sin embargo, que para que tal transición se dé, se llena que empezar por el cambio en la conciencia del individuo y en la conciencia social.

"La participación sólo se logra participando. Al regresar a mi ciudad después de 12 años, la encontré hermosa y que había progresado, pero también vi sectores que aún

La participación sólo se logra participando. Al regresar a mi ciudad después de 12 años, la encontré hermosa y que había progresado, pero también vi sectores que aún

ACTUALIDAD

El Universal



Rafael Vergara Navarro

parece que vivieran en el siglo XVI. Entonces siento que no sólo es culpa de los de arriba, que no han hecho nada, sino del pueblo mismo. De la gente misma que tampoco ha crecido, sino que se ha ido conformando con su situación esperando que otros hagan por ellos. Pero la realidad sólo se transforma en la medida en que los seres humanos cambian y asumen su realidad.

"Hay que vencer el pesimismo, o lo vencemos o nos abogamos, aunque seguirá habiendo francolliradores, que intentarían impedir que salgamos adelante, porque la guerra es un negocio, un negocio enorme y en Colombia es un negocio fundamentalizado, aquí se vive de la guerra. Siento sin embargo, que aquí la guerra está buscando espacio negociador, aunque a unos cuantos no les interesa legitimarla, pero tenemos que concretizarlos que es más rentable el negocio de la paz que el de la guerra."

Hay que vencer el pesimismo, o lo vencemos o nos abogamos, aunque seguirá habiendo francolliradores, que intentarían impedir que salgamos adelante, porque la guerra es un negocio, un negocio enorme y en Colombia es un negocio fundamentalizado, aquí se vive de la guerra. Siento sin embargo, que aquí la guerra está buscando espacio negociador, aunque a unos cuantos no les interesa legitimarla, pero tenemos que concretizarlos que es más rentable el negocio de la paz que el de la guerra."

Congresistas y medio El país tiene un reloj enorme que existe del consenso de todos y cada uno de los colombianos, porque todos en mayor o menor grado somos víctimas de ella: vencer la cultura de la violencia, por la de la paz y la convivencia. Cambiar ese hábito histórico violento, por el del respeto al otro, a sus derechos y a sus ideas.

"Mi idea más honda es poder transmitir esta idea de esperanza, de la reconciliación nacional, porque la adversidad se vence únicamente así, la razón, de ser de la paz no es imponer la voluntad, sino concertar voluntades en bien común. Lo que uno ahora después de estar metido en estas cosas es que los hijos de uno cuentan una patria diferente, un futuro que no sea la cultura de la muerte, de la bomba, de la persecución o del secuestro. Todo lo que ha pasado en este país, que es muy feo y sigue pasando".

Se define y medita un poco, enciende el cuarto cigarrillo y continúa con mayor énfasis y vehemencia. "Si la Constitución va a reformar el congreso, la justicia, si lo va a reformar todo no puede esperar cuatro años. Cuando se empiezan a debatir estos temas se genera el miedo y se levanta alguien con la bandera de los derechos adquiridos, ¡por Dios! cómo vamos a seguir funcionando sobre esa base. Si esto no es un fracaso, el país está en una situación

hoy dicen no aceptamos esto. ¿Cuál es el miedo? Acaso es a las nuevas fuerzas que existen y que equilibran lo que realmente es este país. No sólo es liberal y conservador, aunque buena parte lo son y que bueno, pero se necesita ordenación con las nuevas fuerzas. Abramos el país para que surta lo que somos, para que esa geografía humana, política y conceptual se exprese, como decía Lorenzo Muelas, "es que yo no soy igual a ustedes, no ve que nací en una comunidad. Esas es mi nación".

Este hombre apasionado en la defensa de sus convicciones y quien se declara abierto al desamor y a la arrogancia se da lujo de decir que nunca se sintió exiliado, porque siempre trabajó constantemente por su país desde el exterior. Logró con M-19, abrir un espacio político en México, teniendo como base la restitución, según afirma, con el gobierno de ese país y estableciendo un compromiso y cumpliéndolo cabalmente.

"Una de las cosas que más me alegran es que nunca me dejó vencer por el exilio. A veces a uno lo quieren sacar de las cosas, pero uno no se da. Me concilié pensando que en ese otro territorio yo estaba haciendo una labor por mi patria, por mi gente y por mi organización, ocupando un espacio igual al que el gobierno tiene en una embajada. Fui un hombre "clandestino" con nombre propio y dirección conocida, nunca



19 712 3